II

31 Octubre.

Desde aquella fecha comenzó para mí una vida llena de altibajos, una especie de horizonte churrigueresco cuajado de pintorescos episodios, algunos alegres, otros muy tristes. La ingratitud de Eduardo Olmedo había resfriado y como encallecido mi espíritu, dándome ese durísimo temple de las almas aventnreras y bohemias, apercibidas siempre al encanto ó al dolor de lo imprevisto. Al principio iba por la calle buscando á Olmedo con los ojos, y de hallarle, seguramente me hubiese abrazado á sus rodillas, pidiéndole algunas migajas de consuelo y de amor: aquella sensación duró poco; el fino hierro de nuestros mutuos juramentos quebrantábase en la distancia del tiempo y del espacio; las remembranzas de la aldea y la casa de mi tía, con la ventana por entre cuyos barrotes recibieron mis labios la agridulce sorpresa de los primeros besos, palidecían en los mares sin playas del recuerdo como en la sombra de una noche sin luna; la voz caricosa de Eduardo desfallecía bajo el prolongado trueno del tren; su semblante, á la luz nimbada del vagón, era pálido como una mancha exangüe sobre la que reían dos hileras de dientes muy blancos... Aquella emoción extinguióse pronto, y si deseaba tropezar con Olmedo era para humillarle pasando junto á él fríamente, sin saludarle, probándole así que las cien pesetas que seguía enviándome por mediación de Joaquín Antón los días primeros de cada mes, no eran indispensables á mi vida. Más tarde, y este es un fenómeno imaginativo que aun persiste en mí, he creído sorprender grandes semejanzas entre Eduardo Olmedo y todos los hombres ruines, malvados ó hipócritas, que mi corta suerte va presentándome.

El escaso dinero que la casualidad me permitió ganar en aquellos ocho últimos días, erigiéronme en dueña y tirana protectora y casi omnipotente de mi nueva familia. Teodora me obedecía ciegamente, aceptando, sin discusión ni remilgos, mis menores indicaciones; los niños, por consejo, sin duda, de su madre, adquirieron la servil costumbre de acudir todas las mañanas á besarme la mano humildemente; Joaquín Antón, aunque zafio y groserote, no se atrevía á hablarme con la gorra puesta, ni menos á presentarse borracho delante de mí. Entonces yo creía que todo ello era resultado de una buena amistad; pero luego he sabido que el inrerés fué el verdadero origen de tanta deferencia y sumisión, y me represento los diálogos repugnantes que aquellos dos miserables trabarían por las noches en voz baja, componiendo atrevidos cálculos sobre las ganancias probables que mi candor y mi belleza podría redituarles. Así, y no obstante ser la casa de Joaquín Antón y hallarme yo bajo su sombra y protección, aquel hombre era algo dependiente ó esclavo mío, sin más fuerza que la por mí irradiada, ni otra claridad que la que mi elegancia y discreción vertían sobre él. Me llamaba cuñada, con los ojos humedecidos por el agradecimiento y la codiciosa esperanza de grandes favores; para que yo no me desdeñase de salir á la calle con su mujer, la obligó á comprarse un vestido nuevo, y enseñó á sus hijos á llamarme «tita Isabel»; era, pues, como decía Rivarol de Champcenetz, «mi luz lunar» y yo le aceptaba bondadosamente, sin maliciar que tantos agasajos me costaban todos los meses más de treinta duros.

Acosada por la tediosa vacuidad de mis días y por Teodora, que me hablaba continuamente de su miseria y de las mudanzas y reformas que necesitaba introducir en la barbería, decidí correr nuevas y productivas aventuras.

Una mañana fuí á cierto famoso Salón de Peinado sito en la calle de Jacometrezo. El establecimiento era una tienda rectangular, con un pequeño escaparate donde había botellas de aguas odorantes, tarritos con pomadas y otros objetos de perfumería; algunas pelucas, trenzas de todos colores y una cabeza femenina de cera, elegantemente peinada, que giraba lentamente sobre sí misma merced á un sencillo mecanismo de relojería. La dueña del Salón se llamaba Faustina, y era una mujer cuarentona, gruesa y alta, y de guapeza imponente y varonil. Teodora, que me acompañaba en aquella primera visita, hizo mi presentación:

—Mi hermana Isabel...

Faustina tuvo un gesto errante de sorpresa. Teodora, comprendiéndolo, apresuróse á rectificar.

—Es decir—agregó,—no es hermana mía, pero como si lo fuese... porque casi nos hemos criado juntas.

Nos sentamos junto á las cuatro ó cinco mujeres que esperaban vez para peinarse, y aguardamos. Faustina, su hija Madrona y otra oficiala, trabajaban activamente alisando los cabellos de las parroquianas sentadas en los tres únicos sillones que había: yo las veía perfectamente por el espejo: una de ellas era vieja; las otras dos jóvenes y no mal parecidas; todas estaban disfrazadas con anchos peinadores blancos. Largo rato estuve absorta, observando á Madrona, inquieta y delgada, hundiendo sus dedos nerviosos, abrillantados y pulidos por el aceite, en una copiosa trenza de cabellos rubios. De cuando en cuando la puerta de la calle se abría haciendo vibrar un timbre y aparecían nuevas parroquianas.

—Buenos días nos dé Dios.

—Hola, buenos días.

—Y frescos.

—Así es...

Algunas eran criadas y llevaban al brazo grandes cestas vacías; otras, por la elegancia y riqueza de sus trajes usados y el desmazalamiento de sus ademanes y actitudes, parecían mujerzuelas de mal vivir; todas se sentahan moviendo las caderas como para deshacer algún pliegue del vestido que las lastimase, exhalando un olor insano, persistente, de carnes mal lavadas. Las tres clientes que estaban peinándose cuando Teodora y yo llegamos, se levantaron casi al mismo tiempo, pagaron y salieron mirándose de reojo en el espejo sus cabezas rizadas. Otras tres mujeres ocuparon los sillones que acababan de quedar vacíos, y Faustina, Madrona y la oficiala reanudaron su tarea; Faustina alta, dominando y como imponiéndose al trabajo; Madrona pequeña, levantando mucho los brazos para alcanzar á la cabeza de sus parroquianas, pálida, cual si aquella actitud y aquel repetido ponerse de puntillas la fatigase el pecho. Y los rostros continuaron desfilando de tres en tres por delante del espejo impasible: yo los veía distraída: eran semblantes marchitos, ajados por el trabajo ó por el vicio, con párpados soñolientos, mejillas tristes, labios desengañados, que conservaban el sumario de los goces apurados la noche antes: todas iban ligeramente vestidas; en el aire del cerrado establecimiento flotaba el tenaz olor de aquellos cuerpos mal limpios y casi desnudos.

Creo que Teodora me llevó á casa de Faustina con deliberado propósito, pues en aquel centro de gentes socarronas y maleantes conocí una pluralidad de tipos que habían de influir fuertemente en los rumbos ulteriores de mi vida, y que, lejos de apartarme del mal, ó cuando menos de enderezarme hacia las regiones aristocráticas y más altas del vicio, me empujaron por derroteros torcidos hacia los fondos peores. Allí me presentaron á Pilar Huerta, antigua lumia, que habién-

dose aburguesado, puso con el dinero de su querido una taberna en la calle de Tudescos; á Severina Aguilas, vieja miserable, dueña, allá en sus mocedades, de una mancebía; á Elvira la Gandula; á Gregorio, tipo repugnante, de dudosa sexualidad, y otros varios corredores y alcahuetas que comerciaban guiando desilusoriamente al dócil rebaño de la voluptuosidad hacia donde el vicio de los hombres lo reclamaba. Finalmente, conocí también por aquellos días á Leonarda Cadenas, rubia guapísima con quien, por rara casualidad, aun no he tenido motivos para reñir y que entonces andaba buscando un amante rico, poseída de una ambición insaciable, enfermiza, como un delirio de grandezas. Leonarda hablaba como los artistas ilustres que más tarde aquí, ó fuera de España he conocido.

—Imítame—decía—y procura salir de este fango negro en que vivimos; tú, como yo, mereces morir célebre y rica.

Una noche, Leonarda Cadenas fué á la barbería á buscarme; yo estaba empezando á comer.

—¿Qué hay?—pregunté.

Ella guiñóme maliciosamente, sonriendo, dándome á comprender que el objeto de su visita no podía ser expuesto delante de Teodora y de Joaquín. Entonces me levanté conduciendo á mi amiga á una habitación próxima.

—¿Quieres cenar conmigo?

—¿Dónde?

—En las Ventas del Espíritu Santo.

Quedéme perpleja, considerando el estado, no muy lucido, de mi calzado y de mi falda negra. Leonarda procuró animarme, asegurando que iríamos en coche; habría baile y la comida y los vinos serían buenos.

—La fiesta—agregó—se ha improvisado hace un momento en casa de Severina Aguilas. Vendrán con nosotras Pepe Pérez, que es médico y antiguo amigo mío, y un tal Diego Ferrán... ó Ferrer... no recuerdo el apellido... Un niño aristócrata muy borracho, pero muy simpático, á quien sólo conozco de vista.

Animada por un repentino anhelo de divertirme, cedí sin oponer objeciones. Cuando llegamos á casa de Saturnina vi en el salón, un saloncito adornado con muebles y cortinajes viejos, dos hombres que, al oírnos, se levantaron cumplimentando á mi amiga por la excelente compañera que les procuraba, y arremetiendo luego contra mí, palpándome, pellizcándome, besándome sobre los labios, obligándome á respirar sus alientos infestados de olor á tabaco y á vino. Entonces, como ahora, estas caricias brutales me molestaban horriblemente, y para evitarlas volvía la cabeza á otra parte. Pepe Pérez era un tipo plebeyo, gordiflón y chiquitín: vestía americana negra y pantalón gris; al caminar inclinaba un poco hacia dentro las puntas de los pies: tenía el cráneo calvo, los ojos groseros, el bigote negro y muy poblado; por los puños blancos de su camisa asomaban sus muñecas fuertes, cubiertas de espeso vello. Diego Ferrer, mi amante de aquella noche, era alto, simpático y de correcto porte; en sus mejillas el vicio había pintado algunas arrugas precoces; tenía ojos de vesánico, saltones y claros; su labio inferior grueso y colgante, parecía hallarse propicio siempre á beber; sobre su frente pequeña, embrutecida por el alcohol, los cabellos byronianos, cortos, ensortijados y negros, se encrespaban.

Diego Ferrer me cobró afición, y yo, aun gustándome poco, acepté su compañía sin sacrificios ni violencia, prefiriéndole á cualquier otro hombre desconocido. Diego era un anormal en quien ciertas facultades parecían haberse desarrollado extraordinariamente con menoscabo de las otras, y á espensas de los jugos que de éstas tomaron. Así, pues, todo en él acusaba al verdadero artista, inconsciente y desordenado, cuyos fuertes nervios sólo trabajan bajo el látigo de estimulantes poderosos: el hambre, la lujuria, la embriaguez, la ambición... Era fantaseador, voluntarioso, impulsivo, y mientras su imaginación y sus pasiones iban muy lejos, su sensibilidad era escasa, su entendimiento obscuro y angosto.

El día primero de cada mes, Ferrer recibía de su padre tres mil pesetas, cantidad con la cual otro hombre cualquiera hubiese podido representar buen papel en cualquiera parte. Pero Diego ordenaba sus gastos disparatadamente. Una sencilla operación aritmética le había demostrado que tres mil pesetas repartidas equitativamente entre treinta días, sólo consienten un gasto diario de veinte duros, cantidad exigua que no le permitía vivir con el fausto que él soñaba; y así optaba por disipar su renta en una semana, gastando diariamente de doscientas cincuenta á trescientas pesetas. Una vez sin dinero, Ferrer se abstenía de recurrir á los prestamistas y se refugiaba donde nadie supo nunca, y allí permanecía recluído hasta que, con la llegada del nuevo mes, recibía los seiscientos duros que habían de proporcionarle un nuevo período de esplendor: los que le trataban superficialmente y siempre le vieron bien vestido y en coche, creíanle rico; yo, que le conocí íntimamente, sabíale niño muy inexperto y muy desgraciado.

Entre otras debilidades y vicios menores emanados de su mismo desequilibrio, Diego padecía el de la borrachera: se finaba por el vino, sea cual fuese; el solo recuerdo del coñac le producía emoción voluptuosa tan intensa que le obligaba á apretar los dientes. De sus borracheras conocíamos todos anécdotas chistosísimas. Verbigracia: la habitación donde él y yo dormíamos algunas noches en casa de Severina Aguilas, era muy pequeña y el lecho tan grande, que ocupaba casi todo el cuarto, cual si lo hubiesen fabricado á su capacidad y medida; la puerta, que era de cristales y tenía visillos, se abría delante de la cama, y entre ésta y aquélla quedaba el espacio indispensable para que pudiera deslizarse una persona no muy gruesa. Yo estaba acostada y á obscuras, cuando Diego llegó; iba borracho y sin cerillas; Severina había salido. Ferrer penetró en la alcoba, cerró la puerta y empezó á desnudarse, tirando al suelo el sombrero de copa, la levita, el chaleco, maldiciendo de la suerte que le obligaba á acostarse entre tinieblas, atormentado por la preocupación de que había un hombre oculto en la habitación. Después, al quitarse la camisa, la elástica se le arrolló bajo los sobacos y Diego pasó las de Caín para bajarla y remeterla dentro del calzoncillo; siendo lo gracioso que, como el espacio donde maniobraba era tan angosto, juntamente con la camiseta guardóse la punta de un visillo entre los calzones y la piel, por lo que luego, al querer subir á la cama, sintió que le retenían y sujetaban por detrás. Con esto, sus terrores aumentaron, y volviéndose rápidamente y enarbolando el brazo, comenzó á gritar:—¡Socorro, ladrones!...» descargando al mismo tiempo un puñetazo que redujo á menudos añicos los cristales de la puerta. Fué un incidente muy cómico que empezó asustándome y concluyó haciéndome reir á carcajadas.

Cuando Ferrer se emborrachaba solo, le acometía el capricho de pasear por el campo, caminando en línea recta y sin tino durante varias horas, hasta que el cansancio físico y el aire le desaturdían, devolviéndole la razón en parajes distantes y á veces, para él, completamente desconocidos. Más de una madrugada le sorprendió el sol en Chamartín ó en Vallecas; otras veces su embriaguez le empujaba hacia la vieja sacramental de san Justo, donde estaba su madre, y como iba deteniéndose á beber en todas las tabernas y ventorros del camino, llegaba al cementerio completamente beodo. Entonces sufría anhelos locos de llorar, é hincándose delante de las tumbas abría los brazos, levantando al cielo sus ojos enturbiados por las lágrimas y el alcohol, lamentando su temprana orfandad amargamente: los sepultureros, entre compadecidos y burlones, solían levantarle y sacarle de allí: Ferrer salía dando traspiés, vacilando ridículamente ante las esculturas inmóviles y severas de los mausoleos, y luego, pensando en alguna pintarrajeada belleza de lupanar, compraba las flores que una vieja, antigua alcahueta quizá, vendía en la puerta del camposanto para los muertos... Pasaron

de cuatro y de cinco... ¡y de ocho!... las veces que el desdichado volvió á Madrid, vestido de levita ó de frac, con un ramillete de aquellas flores funerarias en la mano, y acostado y profundamente dormido sobre un carro cargado de paja ó de verduras.

Mis relaciones con Diego Ferrer duraron un año y hubiesen persistido mucho más, pues era generoso y bueno, si una muerte violenta, un asesinato infame, no hubiera llegado á separarnos.

Estábamos una noche cenando en el comedor de Severina Aguilas en compañía de otra mujer, cuyo nombre no recuerdo, y de su querido; un muchacho, como de veinte años, mala persona, que más tarde murió en presidio y á quien llamaban Fernando el Cordobés. Por aquellos días, que eran los primeros de Marzo, Diego me había regalado cuatrocientas pesetas. La comida pasó sin incidentes; á los postres todos estábamos enardecidos por el vino; Diego, que iba vestido de frac, quería marcharse á jugar al casino de donde era socio; yo me opuse y él me insultó, tachándome de interesada y concluyendo por arrojarme á la cabeza una copa que me hirió levemente. Ante aquel desafuero todos terciaron á favor mío, y Fernando dijo que en presencia suya nadie pegaba á una mujer.

—Es mi querida—repuso Diego.

—Lo sé—contestó el Cordobés,—pero no importa.

—Haré lo que guste.

—Pero no aquí.

—Aquí... y en todas partes... y siempre.

—¿A que no?

La cuestión, provocada por un exceso, tal vez, de caballerosidad y galantería, iba convirtiéndose en estúpida cuestión personal. Yo, queriendo evitar daños mayores, intervine poniéndome, como era prudente y de razón, de parte de Ferrer.

—Perdone usted, Fernando—dije,—pero Diego es mi amante y tiene autoridad y derechos inequívocos sobre mí: en último caso, sólo á nosotros dos compete la discusión y el pacífico ó adverso desenlace de lo ocurrido.

La otra mujer también se acercó á su querido, poniéndole las manos sobre lo hombros, conteniéndole; Severina Aguilas, con su destemplada voz de vieja lumia, hablaba á gritos procurando tranquilizarnos, barajando en su torpe boca razones y denuestos. Pero aquellas intervenciones llegaban tarde; Ferrer se había levantado mirando á su enemigo con los ojos grandes y claros, ahuevados por la embriaguez y la ira.

—A ese chulito—dijo—le mato yo esta noche.

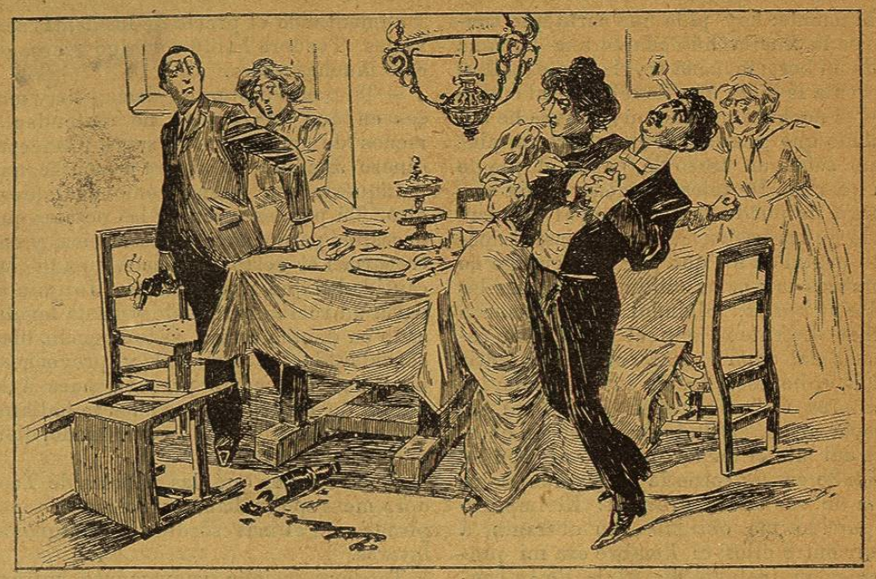
Y cogió una botella; Fernando, advirtiendo aquel movimiento, echó mano prestamente al revólver que tenía en el bolsillo trasero del pantalón y antes de que nadie pudiera impedirlo, extendió el brazo y disparó; yo vi cómo la pechera de Diego se teñía de sangre; no obstante mi amado, aunque tambaleándose, arrojó la botella hacia su rival; más el proyectil partió sin brío y fué á estrellarse contra el suelo. Fernando volvió á disparar sin hacer blanco: desgraciadamente aquel segundo tiro era inútil, porque Diego, que pudo sostenerse algunos segundos agarrándose á mí, caía moribundo sobre la alfombra.

La impresión que me causó aquella brusca y terrible tragedia fué tan intensa, que hube de guardar cama varios días. Lloré mucho á Ferrer y aun, á pesar del turbio prisma de los años, me siento conmovida: su muerte inició para mí un período caótico, una especie de noche tenebrosa en la cual los chispazos luminosos del contento fueron muy raros.

8 Noviembre.

Más de dos años eran pasados desde que la fatalidad me trajo á Madrid, y aun entre mis padres y yo no se había cruzado ninguna carta; pero sabía de ellos indirectamente, merced á mi buena amiga Ramoncita Castillo.

Son muy amargos los estados porque fué atravesando mi alma en aquella época. A ratos, recordando «que la perla—como dijo Lope—no es estimada hasta



...Diego, que pudo sostenerse algunos segundos agarrándose á mí... (Pág. 32)

después de dejar la concha», me holgaba de haber abandonado un pueblo donde ni mi cumplida belleza, ni mi educación, ni los ensueños ambiciosos de mi deseo, podían ser apreciados. No obstante, contra estas afirmaciones rotundas de la fe, oponía la reflexión sus dudas y distingos, probándome que la conquista de lo bueno no es fácil, mollar ni asequible á todos, sino que requiere capacidades excepcionales de tesón, ingenio y travesura. Entonces sufría congoja y desmayo inmensos. ¿Persistiría aquella situación dudosa? ¿Continuaría el Destino poniéndome sobre la nuca su pie de plomo? ¿No podría levantar jamás la cabeza como el gallo, que mira siempre al horizonte cual enamorado de la distancia y del sol?... Odiaba mi pasado, el horrible pasado repleto con el recuerdo de los padres abandonados y de la aldea perdida: bajo las alas negras del primer desengaño desaparecían las dulces memorias, mis curioseos impacientes de niña estudiosa, las sonrisas luminosas de mi inocencia: la pintada mariposilla del ensueño yacía entre el polvo del camino con las alitas rotas. Si las ideas no fuesen nociones esquemáticas sino entidades materiales, capaces de ser tocadas y vistas, yo barrería de mi frente los malos recuerdos; cogiéndolos, rompiéndolos entre mis manos, arrojándolos después por una ventana para que el vendabal se llevase los pedazos muy lejos, bajo la noche. Yo no amaba; á los dieciocho años todo era en mí, triste y mustio; ningún hombre tuvo la fineza de escribirme una carta ni de cortarse para mí un mechón de cabellos: la pasión ardiente quema, rebaja los nervios, enmollece los músculos; nunca volví al campo, como cuando niña, á coger margaritas y amapolas; sólo el vicio brutal me solicitaba; mi libro de oraciones no guardaba ninguna de esas flores secas que recuerdan un amor...

El verdadero cariño, según la experiencia me demostró más tarde, es reservón y tímido, y como gastrónomo inteligente apetece ir saboreando las impresiones

lentamente: hoy pide una carta que conserve la huella húmeda de una lágrima ó de un beso; mañana un rizo de cabellos; otro día la cinta que llevábamos al cuello cierta noche: amantes muy graves he conocido que guardaban en la cartera, pintado sobre un trozo de papel, el pie de su querida. De tales pormenores, sin embargo, no puede hablarse en el vil mercado de las pasiones mercenarias; el apetito brutal de los que pagan se encoge de hombros ante estas sublimidades pueriles y las atropella, hallándolas ridículas. Sin haber disfrutado aún el subidísimo espasmo del amor carnal, comencé á sentir hacia el hombre desvío inexplicable; los hombres torpes pasaban junto á mí sin despertarme, saciando su anhelo sin obtener del mío el menor bostezo ni rebullo, dejando en mi carne la impresión dolorosa de sus dedos groseros. El impulso adquirido me obligaba, no obstante, á vivir entre ellos; el hombre era mi preocupación ineluctable; vivía de su contento y para regocijo suyo; por él me peinaba cuidadosa, entortijando lindamente los cabellos que luego desanudaría en el secreto de algún dormitorio; su recuerdo me acosaba en la calle y caminaba inconsciente, como un autómata, recogiendo mi falda, observándome de reojo en los escaparates de los comercios, procurando atraer sobre mí las miradas masculinas: de noche, en el teatro, perdida entre los espectadores que invadían las butacas, la esperanza de que alguien pudiera comprarme á la salida, me forzaba á mirar continuamente á todas partes, disuadiendo mi ánimo de la representación, presa de un torpe y único pensamiento. Cuando estos deseos no eran cumplidos regresaba á mi hogar mohína, preguntando al espejo por mi belleza, creyéndome ya casi inútil para los torneos del amor.

Hacía tiempo que Teodora y Joaquín Antón, animados por el dinerillo que yo no les regateaba, pensaron trasladar su barbería á otro sitio mejor, ensanchando el local, suprimiendo la sección, harto deslucida y plebeya, de cirugía dental, y aumentando el precio de los demás servicios. Teodora habló conmigo acerca de esto muchas veces.

—Tú ganas bastante—decía;—hay meses en que tus gastos no ascienden á menos de quinientas pesetas. Con este dinero Joaquín se atreve á montar una peluquería tan buena como cualquiera otra. Tú puedes reservar las pesetas que necesites para comer y vestir bien, y entregarnos el resto. Por cada una de las cantidades que nos prestases, Joaquín te daría un recibo redactado y hasta legalizado en debida forma. Este negocio, bien considerado, es tan útil y provechoso para nosotros como para ti, pues á la vuelta de cuatro ó cinco años te hallarás con un capitalito que, de otro modo, disiparías neciamente.

Sin saber por qué, las cábalas de Teodora me repugnaban, pareciéndome inspiradas en el más sórdido y repugnante interés.

Teodora insistía suavemente, mirándome con sus ojuelos grises, humedecidos por un enternecimiento irritante: su marido iba, de día en día, cobrando á la bebida nueva afición; el porvenir de sus dos hijos, el mayor de los cuales ya estaba en sazón de aprender un oficio, comenzaba á inquietarla. Para demostrarme cuán precaria y aflictiva era su situación, detallaba los inevitables gastos y tacaños ingresos de su industria: tanto de contribución, tanto de luz, tanto para jabón, pomada, agua de Colonia, polvos y otros menesteres de tocador: las cincuenta pesetas que pagaba mensualmente por el alquiler de la tienda, tampoco eran costal de paja. Además, á la barbería, por ser de gente pobre, excepción hecha de los sábados y domingos, no iba nadie, lo que determinaba una ganancia semanal de veintiocho á treinta pesetas, con las cuales apenas tenían lo indispensable para pagar los gastos apuntados y comer. Una peluquería de mayor fuste, produciría ingresos mejores: la parroquia sería diferente; empleados, militares con graduación, estudiantes, personas, en fin, que pueden permitirse el dispendio, no muy grande, de afeitarse dos ó tres veces por semana. Amén de estas ventajas, cada servicio se cobraría á veinticinco céntimos...

Teodora no omitía ocasión ni medio de atormentarme, segura de lograr por cansancio, lo que por razones no merecía. Muchas noches, al volver del teatro, la encontraba en el comedor esperándome, cosiendo pacientemente con los antebrazos apoyados sobre su vientre abultado y redondo. Aunque callada, su figura elocuente para mí como una súplica, su rostro fofo y pálido parecía la voz de la tienda, el espíritu triste de las paredes enyesadas, de los suelos desnudos, de todo aquel cuarto con su ambiente inhospitalario de casa pobre. Yo, por decir algo, preguntaba:

—¿Y Joaquín?

—Durmiendo.

—¿Y los niños?

—También. Los pobrecitos se acostaron temprano: hoy sólo hemos cenado migas y chocolate.

Luego, distraídamente, con aire de amistoso interés, abría mi bolsillo; un bolsillo de terciopelo donde yo misma bordé mis iniciales.

—Tienes veinticinco pesetas—decía;—sin contar los seis reales que llevabas cuando saliste de aquí.

—Así es.

—¡Vaya, mujer! ¡Qué suerte tienes!

Reía con risa innoble y avara de alcahueta: yo reía también. Teodora preguntaba:

—¿Qué hiciste de las veinte pesetas que trajiste anoche?...

Y así siempre. Concluí cediendo, vencida por aquella súplica interminable, por aquel ruego sostenido que yo leía en el semblante de mis dos amigos, en los desgobernados zapatos y rotos baberillos de los niños, en la mirada compungida con que todos acogían la fuente del cocido donde no pudo echarse un poco de carne.

—Podéis ir buscando casa—dije;—en lo que resta de semana, prometo daros quinientas pesetas para los primeros gastos.

En seguida entregué á Joaquín Antón los dieciocho ó veinte únicos duros que tenía ahorrados y guardados en el fondo de mi baúl. Al día siguiente, inmediatamente después de desayunarme, salí á la calle y fuí á colocarme en cierto sitio por donde sabía que Eduardo Olmedo pasaba todas las mañanas. Desde que nos separamos en la calle de la Montera, sólo habíamos vuelto á hablar dos ó tres veces, pero tranquilamente, sin alusiones á lo pretérito, lágrimas ni reproches, como personas ligadas únicamente por el molesto recuerdo de una deuda. Al verme, Eduardo Olmedo se inmutó: tras un breve preámbulo, encaminado á referirle mi situación y disculpar el atrevimiento de aquel abordaje, le pedí cuatrocientas pesetas que necesitaba para emprender un negocio honrado. Expliquéle sucintamente de qué se trataba, exornando la verdad con no pocos embustes y apuntando de refilón la pobreza en que mis padres estaban: yo debía velar por ellos y corregir en lo posible el yerro imperdonable de mi ingratitud: por otra parte, el vicio me repugnaba, y de aquí mi anhelo de tener un comercio, un rincón modestísimo, ignorado y limpio, donde vivir honestamente. Olmedo, marrullero y traidor, aplaudió mi resolución, pero añadiendo que no podía favorecerme: en aquellos últimos meses sus negocios habían sufrido graves quebrantos; su mujer estaba enferma y el menor de sus hijos en cama: las cien pesetas que todos los meses me enviaba, eran para él un sacrificio casi insoportable. Animándose, prosiguió:

—Deseaba verte para decírtelo: no debo seguir regalándote ese dinero con que hasta aquí te he ayudado. ¡No puedo!... Y bajo la fuerza de esa imposibilidad, el escándalo no me intimida: ahora, haz lo que gustes.

Yo me enfurecí.

—Si no me das lo que necesito—exclamé—hemos concluído para siempre: no quiero recibir de manos tuyas nada; ni la salud. Bien sé que para ciertos degenerados no hay redención; los que, como tú,

nacieron miserables, mueren en su ley.

Sin oir las explicaciones que por urbanidad, quizá por miedo, Eduardo Olmedo quiso darme, di media vuelta, subí á un tranvía que pasaba, y sin perder momento me dirigí á casa de Severina Aguilas, quien por hallarse muy al tanto de mis ganancias y mi probidad, no dejaría de facilitarme, mediante un tanto por ciento prudencial, los ochenta duros que yo necesitaba.

En el comedor de Severina presencié una escena inolvidable. Pocos días antes, la vieja corredora de bellezas había sacado de un lupanar gaditano y por cincuenta pesetas, una mujer que ya tenía vendida á otra casa de lenocinio de Madrid en mil reales justos y al contado. Aquella infeliz se llamaba Martirio; pasaba de los treinta años, y, aunque fea, tenía en su cuerpo delgado y alto cierta languidez ó abandono felinos, atrayentes por todo extremo. Los ojos eran grandes, negros, un poco cansados; sobre la frente, que ya empezaban á estropear las arrugas horizontales del sufrimiento, blanqueaban algunos cabellos, afeando el negro lustroso del pelo; bajo los labios pálidos se ocultaban las encías, las horribles encías sembradas de dientes desiguales, ensuciados por la comida, renegridos por el mercurio. Con Martirio y Severina había otra mujer, pequeñita, enjuta, mal vestida con una faldilla de percal y un mantón negro, rugosa y siniestra como una bruja triste. Por la ventana, á través de los visillos poco limpios, caía un resplandor quieto y gris. Severina Aguilas, exclamó al verme:

—Acércate, Isabel: tú eres inteligente y debes examinar mi último negocio. ¿Qué te parece esta muchacha? Cincuenta pesetas me costó. Di si me han engañado.

Martirio se levantó; yo, dominando mi agitación, la saludé amablemente.

—Buenos días.

—Buenos días, señora.

Su acento andaluz era simpático, cariñoso, franco; sus mejillas, bajo la epidermis que endurecieron los afeites, se colorearon, probando que la coquetería, sentimiento inseparable de toda mujer, no había muerto en ella aún. Por decir algo agradable, repuse:

—Me gusta; es guapa.

La vieja bruja me interrumpió:

—No, eso no; guapa no es... Pero lo será tan pronto como hagamos lo que Severina y yo tenemos pensado. Una mujer es una casa... una finca... y las fincas ruinosas, y esta pobre lo está, necesitan ser reparadas de cuando en cuando.

Invitáronla á dar por la habitación algunos paseos, para que yo apreciase su modestro andar y gallardía: caminaba lentamente, anadeando las caderas, quebrando el talle con onduleos lascivos de reptil.

—Hoy y mañana—dijo Severina—nos ocuparemos en pintarle de rubio los cabellos, y luego le pondremos toda la dentadura postiza.

—¡La dentadura!

—Sí.

—¡Pero la pobrecilla va á sufrir mucho!—exclamé conmovida.

Las dos mercaderes de carne blanca se encogieron de hombros.

—No importa—repuso Severina:—yo lo siento porque la operación no ha de costarme menos de quince duros; pero es preciso... y ya sabe ella que, sin esta condición, no la hubiese comprado.

La prostituta asintió, bajando la cabeza.

—Ven acá—prosiguió Severina, dirigiéndose á la esclava:—siéntate.

Martirio obedeció.

—Abre la boca... ábrela bien, echa la cabeza hacia atrás... así.

Me acerqué, lanzando una mirada escrutadora al fondo de aquella boca negra donde la falta de aseo, el abuso del tabaco y las medicinas mercuriales causaron estragos terribles: casi todas las muelas habían desaparecido, los dientes estaban divorciados unos de otros, sucios, rotos, mellados, como púas mohosas de un viejo cilindro.

—Como comprenderás—agregó Severina Aguilas,—no hay hombre capaz de besar á esta fiera en la boca. Sin embargo, prometo que, pasados ocho días no la conoces: con la dentadura completa y limpia, el pelo rubio y un trajecillo nuevo, será otra mujer.

Terminada aquella conversación, Severina y yo pasamos á un gabinete contiguo y hablamos en voz baja del asunto que allí me llevaba. Severina dijo que podía prestarme hasta treinta duros y lamentó amargamente no tener más dinero: el resto, con un interés del treinta por ciento y siempre que ella me saliese fiadora, lo facilitaría Faustina, la dueña del Salón de Peinado de la calle de Jacometrezo. El rédito me pareció exhorbitante, pero la taimada alcahueta aseguróme que era imposible hallar quien cediese dinero con menor interés y sin seguridades sólidas y valederas de cobro, y yo, deseando concluir aquel negocio que tan embarazada me traía, acepté la oferta. Por la tarde, Severina Aguilas me acompañó al Salón de Faustina, y ésta me entregó cincuenta duros, obligándome yo, mediante recibo, á devolver á las dos mujeres quinientas veinte pesetas, que luego ellas cuidarían de repartirse equitativamente. Aquella noche, durante la cena, Teodora y Joaquín Antón, emocionados por la generosidad de mi sacrificio, me besaron las manos.

A fines de año nos trasladamos todos al nuevo local que Joaquín había alquilado en un principal de la calle de la Luna. Varios días anduve ocupadísima, ayudando á mis amigos á limpiar suelos y ventanas, y colocar muebles. La peluquería quedó instalada en el amplio local que formamos derribando el tabique que antes separaba el gabinete del salón, para lo cual fué necesario arreglar el suelo y el papel de las paredes y del techo. Joaquín compró á un compañero suyo cuatro ó cinco sillones, pagándolos al contado, y buen golpe de tijeras, navajas, maquinillas para cortar el pelo, pulverizadores, frascos de esencia, peinadores, tenacillas, toallas y otros menudos cachivaches: los espejos que, si mal no recuerdo, importaban mil cuatrocientas pesetas, los compró á plazos, teniendo por fiador suyo al dueño de una fábrica de corsés de quien Teodora era algo pariente. Instalado el nuevo establecimiento, esperamos la llegada del primer parroquiano; aquel que, según nuestras supersticiosas imaginaciones, había de imprimir á los destinos de la peluquería adverso ó favorable impulso. Todos temíamos que fuese cura: las sotanas, según creencia vulgar, tienen mala sombra. Joaquín y sus dos oficiales paseaban á lo largo del salón gravemente, las manos cruzadas sobre los riñones y vestidos con largas blusas de dril, muy limpias y almidonadas; á los muchachos, que todo lo rompen y empuercan, se les había prohibido terminantemente entrar en la peluquería; Teodora y yo, con los brazos al aire, planchábamos en la cocina las toallas y los peinadores que luego habían de llenar los entrepaños de un estante. Por la tarde el timbre de la escalera vibró anunciando la llegada del primer parroquiano, quien, por distraído que fuese, seguramente advirtió el molesto choque de nuestras miradas preguntonas: Joaquín y sus dos oficiales interrumpieron sus paseos; Teodora, sus dos hijos y yo, desde la puerta del comedor, atisbamos al visitante: era muy jovenzuelo; un estudiante tal vez; todos reparamos en que llevaba corbata verde: aquello nos pareció buen agüero; de verde se viste la esperanza. Por la noche, oficiales y patronos celebraron la inauguración del establecimiento cenando juntos; el vino nos puso á todos muy decidores y alegres; Joaquín Antón se emborrachó, uno de los oficiales se empeñó en besarme la mano con que yo acababa de servir el coñac.

—No me gustan las bocas bigotudas—exclamé, por decir algo.

—¿Quiere usted que me afeite?

—¿Por besarme la mano?

—Sí.

—¿Y sería usted capaz?

—¿Cómo no? ¡Ahora mismo!

Me eché á reir; él, uniendo la acción á la oferta, salió del comedor tambaleán-